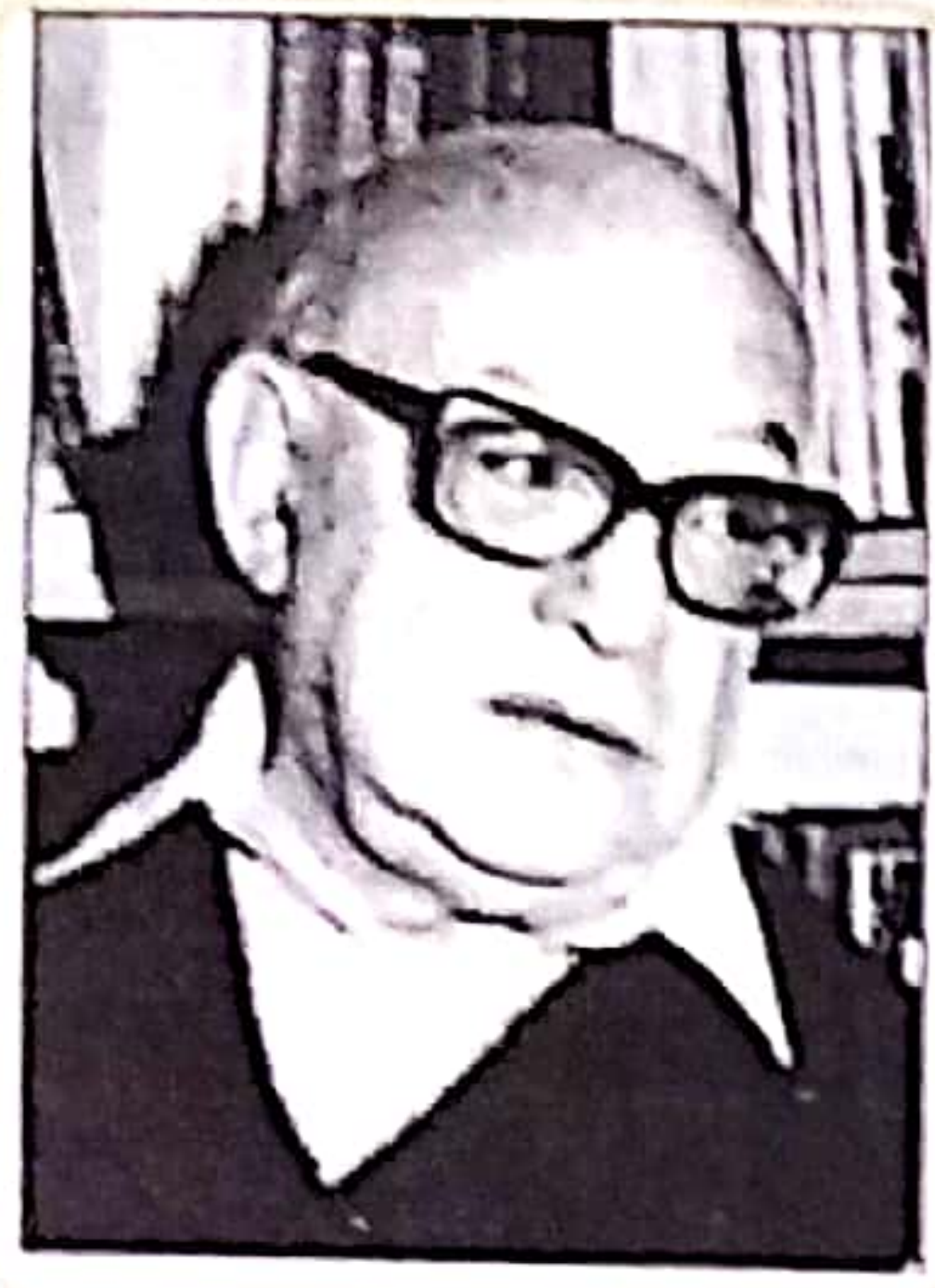


# Mario Ríos Gastelú



**MARIO DAVID RÍOS GASTELÚ**, (1931). Periodista y escritor. Fue profesor universitario. Está ligado desde 1951 a medios de comunicación en radio, prensa y televisión, especialmente en el ámbito de la Cultura. Dirigió el suplemento "Puerta Abierta" del diario "Presencia" al que nuevamente se halla vinculado. Por sus méritos, recibió el "PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO-1992"; el "PREMIO DE PERIODISMO "MANUEL VICENTE BALLIVIAN-1996" y el "CHACHAPUMA DE ORO". Ha publicado "CREADORES DE LUZ, ESPACIO, FORMA" y tiene en preparación: una novela, un libro de cuentos y tres volúmenes de crónica periodística.

## El Aleph: Dimensión imaginaria

SE CUMPLIO UN MES desde aquel día en que hallé el Aleph de Borges, y no en el desván, sótano o buhardilla, sino en el decimoséptimo cuento del libro que lleva el nombre genérico de "El Aleph". Al recorrer las páginas de esos relatos y tras enfrentarme con personajes legendarios, figuras de la historia y perfiles vagos de teólogos, cabalistas y seres mitológicos, anduve por escenarios desconocidos, codo a codo entre valientes caudillos y militares cobardes; santos y sabios; nubes, pozos, agua, aire y fuego; ¡Todo un universo! Anduve y anduve... y observé en la noche los astros del cielo y en el día la vasta llanura que sería escenario de sangrienta batalla. Seguí por incierto camino, y ya al despuntar una nueva alborada, se abrieron ante mí "los toldos de cuero de caballo, las hogueras de estiércol, los festines de carne chamuscada o de vísceras crudas, el alarido y el saqueo, la guerra, el caudaloso arreo de las haciendas por jinetes desnudos, la poligamia, la hediondez y la magia".

Después conocí a "La Cautiva", a Tadeo Isidro Cruz, a Emma Zunz, a Azevedo Bandeira, a Pedro Damián y otros que me fueron presentados.

Luego ingresé en "la casa de Asterión" y de allí pasé a la vieja casona de los Viterbo. Conocido el interior y la historia de Beatriz no tardó en llegar al inmueble de la calle Garay en cuyo sótano estaba el Aleph. La casa era propiedad de Zunino y Zungri, el Aleph, no.

A esta altura la muerte de Beatriz Viterbo ya no tiene importancia. Una vida que termina en la muerte es algo natural en todo ser viviente. La historia de Emma Zunz tiene el encanto de la imaginación para cometer un asesinato y convertirlo en un hecho heroico y justificado, si puede ser justificado el crimen.

Otálora, Asterión y Bandeira quedan atrás. La Ciudad de los Inmortales se abre como un espectro, en fin, todo lo conocido se desvanece, quizá con la esperanza de que todo volverá a Tráves de un Aleph, "espejo del universo".

Si "un atributo de lo infernal es la irrealidad", como dice Borges, estamos ante una fantasía creada por la mente humana que nos permite volcar la mirada a los años de la niñez, donde la imaginación crea alephs con otros nombres, en una dimensión infinita poblada de seres animados a veces buenos, candorosos, como fieles compañeros de infancia y, en otros casos, monstruos de horrible aspecto, crueles, vengativos y depravados. Ese mundo de alephs que nos acompañan es una irrealidad que forma el propio universo donde vivimos. Espejos de cien caras donde se multiplican las obras emprendidas, los sueños frustrados, las ilusiones forjadas y, en fin, los hombres que nos siguieron, los que dejamos atrás, los que nos esperan. También están los seres irracionales, algunos con cierta inteligencia, otros sólo serviciales, pero están ahí todos, los seres vivientes y los inanimados, las lejanas estrellas que tratamos de alcanzar con la mano cuando de niños hicimos carreras con los astros.

Borges define al Aleph como "uno de los puntos del espacio que contiene todos los puntos", definición que nos lleva al mundo de la geometría plana, como el autor sostiene en "El libro de arena": La sucesión de puntos es una línea. La geometría plana nos enseña que una línea y un punto constituyen el plano y que a través de líneas se crean figuras geométricas. Todo esto está dentro de las Ciencias Exactas que a Borges no le interesaron, porque su obra no está sujeta a las matemáticas, sino a la creación literaria, por eso nos habla de planos infinitos, del hipercubo, de la esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. También nos habla de un pájaro que es todos los pájaros y de un ángel (el de Ezequiel) con cuatro caras que mira al Sur y Norte, como al Este y Oeste. Matemáticas, Zoología, Astronomía, Teología y otras ciencias que Borges utiliza en el campo de la narrativa fantástica, en sí, no forman parte de ellas, porque lo mencionado por Borges es una dimensión imaginaria.

No sé cuántos lectores se detuvieron en el Aleph. Yo me detuve. Avancé un poco, es cierto, pero volví al Aleph una y otra vez. Probablemente el autor de este relato no tuvo el propósito de llevar a sus lectores a indagar con minuciosidad de pesquizantes ¿Qué puede ser ese Aleph? "lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe vistos desde todos los ángulos".

Cuando "baje con Borges; la empinada escalera que conduce al sótano de la casa de la calle Garay en busca del Aleph, me pareció que no era la primera vez que hacía el descenso por esas gradas... ya lo había hecho hace muchos años. Quizá las dimensiones de este sótano ya no sean las mismas que vi en una tarde de enero de 1939 cuando abrí una pesada puerta cuyas bisagras se desprendían del gozne por el deterioro que había causado la herrumbre de los años, mis ojos estaban ante un universo. No sé qué tiempo transcurrió mientras repasaba con la vista todo lo que estaba allí expuesto. El ruido que produjo la cabeza disecada de un reno al desprenderse del montante de la puerta, me volvió a la realidad. Caminé con pasos pesados y apagados. Nadie sabía que yo estaba allí. Habían trajes que alguna vez habrían sido motivo de orgullo en los salones de la sociedad. Una capa roja y un sombrero de tarro, testimoniaban un pasado aristocrático. De la pared lateral colgaba un viejo mapa que mostraba las costas atlánticas resaltadas por navíos de maciza construcción. En el ángulo superior del mismo lado pendían un sable, dos lanzas y un arco para flechas indígenas, como símbolos de viejos pleitos dilucidados en el campo de batalla. Una enorme caja contenía herramientas. En los empolvados anaques aparecían libros encuadernados en pergamino. Revistas, instrumentos musicales, partituras, botas de goma, sombreros alones, calatravas con escarapela, cinturones de antilope, planchas a carbón, prensas copadoras, monturas, espuelas y objetos de formas caprichosas que jamás habían sido vistos por mí, en aquellos días de juegos inocentes.

En medio de todo aquello, un pequeño estuche negro aparecía mimetizado entre viejos calzados de larga puntera y botines de caña alta con botones y cordeles. Era llamativo por el lustre del charol. La cerradura parecía de plata. Hasta los vértices llegaban los haces de luz que penetraban por la hendidura de una hoja de zinc desprendida por el viento. Levanté el estuche con dificultad. Era pesado. Abrí la tapa hasta volcarla al lado opuesto y al observar su contenido sentí los ojos heridos por el fulgor de pequeños prismas de colores distintos colocados sobre el suave terciopelo negro que forraba el cofre.

¿Qué eran aquellos cristales?... Vi un rostro deformado en uno de ellos. Era el prisma de un color ambarino que reproducía tres ojos, dos bocas, una nariz achatada y una oreja cortada. En el rojo sólo pude ver dos ojos agrandados. El verde permitía la imagen de una faz indefinida. En el azul no habían reflejos de imágenes, sino líneas zigzagueantes que tal vez provenían del techo ondulado, no sé... Junté los prismas uniéndolos por sus extremos triédros hasta formar una estrella de cinco puntas. El cristal blanco era el más hermoso. No reflejaba nada, sólo brillaba. Era transparente y dejaba ver los objetos a través de él, sin deformarlos, quizá dándoles esplendor y un valor que no lo tenían fuera del prisma.

Los cinco formaban la estrella. Mi estrella. No sé si sería aquella que en las noches de carreras con los astros quisimos tomarla entre las manos. Si era ella, ahora estaba en mi poder para siempre en ese cofre.

¿Era el mismo sótano? Ahora creo que no. Borges nos habla de su Aleph y a través de él nos permite ver una y mil veces las imágenes de Beatriz, Tadeo Isidro Cruz, Emma Zunz, Pedro Damián, Otálora, Azevedo Bandeira, Asterión, la Ciudad de los Inmortales, y otra vez toldos, hogueras, festines, arreos, jinetes, cuatros, caudillos valientes y militares cobardes.

El otro sótano, el que yo conocí hace muchos años, era parecido, pero no era el mismo. ¿Cuántos conocieron el sótano de la calle Garay al que Borges nos invita a pasar para ver el Aleph?... Por lo que a mí concierne, es primera vez que invito acompañarme hasta donde está la estrella de prismas. Para ambos casos el maestro (Borges), tiene la palabra: "Si no lo ves, tu incapacidad no invalida mi testimonio".